

la, saliendo todos de ella, más por cumplir lo que ordenaba Su Excelencia que de grado, pues las cosquillas de la curiosidad habían hecho presa en todos ellos, por saber cómo se huía de las cárceles aquel redomado pillo.

Solos el Conde de Salvatierra y Martín de Villavicencio Salazar, el primero repitió su pregunta; aunque en estos otros términos:

—¿Dime, Martín, ya estamos en condición de que me lo digas, cómo te escapas cuando necesitas escapar?

—Así, Excelentísimo señor,—contestó el interrogado; y rápido, con los ojos brillantes por cierto temor, pero á la vez alegres, de dos saltos se puso cerca de los candelabros, apagó las velas de cera, y violentamente salió de la sala; abrió y cerró tras sí la pesada puerta que había quedado cerrada, pero lo hizo con tranquilidad, y erguido, dirigiéndose á los alabarderos de la guardia del Virrey, que estaban en los corredores, y á los corchetes y alguaciles, pajes y lacayos, que habían salido, les dijo con la mayor naturalidad:

—Su Excelencia es valeroso y noble, y más que noble y valeroso, clemente; me ha perdonado...! ¡Que tengan vuestras mercedes muy buenas noches, cenando con apetito y bebiendo á la salud de mi libertad!

Y en medio de la espectación general anduvo los corredores, bajó la monumen-

tal escalera, y tornando á decir en la puerta del Real Palacio y al Cabo de los alabarderos lo que arriba había dicho, salió tranquilo y desapareció por la espaciosa plaza, que por la hora y la falta de alumbrado de aquellos tiempos estaba obscura y silenciosa.

* * *

D. García Sarmiento de Sotomayor, al apagar las velas Martín Garatuza, tembló de nuevo, buscó á tientas la campanilla de plata, grito y llamó en vano, hasta que una vez que sus pajes hubieron oído lo que les dijera Garatuza, entraron á la sala, y violentamente, con la relativa violencia de aquellos tiempos de eslabón y yesca, encendieron de nuevo las blancas velas de cera lacrimosa colocadas en los candelabros de maciza plata.

Ya el Virrey habíase repuesto del otro momentáneo calosfrio que sintiera al quedar á obscuras y solo con el pillo, y riendo francamente, con democrática confianza contó y le refirieron los pajes uno á uno los pormenores de la ingeniosa fuga de Martín de Villavicencio Salazar, alias Droga, Lutero ó Garatuza, que á esas horas quizá, no sabía si reirse ó entonar arrepentido aquellas piadosas palabras.

—“Señor mío Jesucristo, ten misericordia de mí, y traeme al verdadero conocimiento de mis culpas.”

Luis González Obregón.

